

ARQUEO DE UN CENTENARIO

La conmemoración del centenario del nacimiento de Menéndez y Pelayo ha representado el mayor despliegue de interés cultural de los últimos años españoles. Dejado aparte el ornato oficial de que se ha revestido dignamente, nos conviene a nosotros considerar el interior de tan brillante actividad de cultura. En las postrimerías del año conmemorativo parece bueno otear el conjunto de las cosas que, a lo largo de él, se han ido poniendo a los pies del sabio festejado, en ofrecimiento prácticamente unánime. Considerar el valor, la intención o el sentido de la respuesta española a tan exigente encuentro puede darnos la profundidad —y sobre todo el rumbo— de algunas zonas del pensamiento actual.

A la vista de ello me voy a permitir una breve reseña, sin ninguna pretensión erudita y expuesta en estilo cotidiano y directo, en la que resuma «grosso modo» las posturas más elementales que se han manifestado en la ocasión citada. Se debe sacrificar a veces en aras de la más clara inteligencia el literario recurso y las figuras culteranas y pocas oportunidades requieren como la presente, por su transcendencia, nitidez expositiva y descripción palpable.

Siguiendo este criterio, digamos que la primera llamativa expresión del centenario ha sido aquella repercusión amplísima del asunto en todo el ámbito del estudio español. A esta especie de capí-

tulo general puede decirse que ha acudido la totalidad del oficio de las ciencias y letras a definirse de algún modo, como a tomar partido en una palpitante cuestión.

E incluso los contados que eligieron el silencio, cierto que están contra su voluntad también presentes, asidos por su propia mudéz viejísima, desempolvada de la misma época del don Marcelino vivo y exhibida ahora, como un atuendo mustio, ante el don Marcelino muerto.

Lo que quiere decir que este hombre, que fué piedra de escándalo en su siglo, sigue sin duda siendo motivo de toque, revulsivo capaz de sacar a la luz los pareceres soterrados, de poner a prueba la más radical decisión del espíritu.

Esta meridiana actitud de aquel alma rasgó en su época una turbia superficie ideológica y aclaró de tal modo las divisorias de la neta condición española, que desde entonces para acá la confusión solo es posible a los intrínsecos portadores de ella. (Ya enseguida veremos como esa hiriente línea se intenta ladear por sus enemigos de hoy, embotando con insidia su filo para que no pueda zanjar el equívoco, separando la verdad del error).

Y he aquí que el año de este centenario nos muestra como a la luz de la diáfana medida de su promotor el campo de la cultura española es hereditario de aquel viejo problema, sufriendo aún los efectos, siquiera mitigados, de la grave dolencia que hace crisis en torno a nuestro personaje.

Pero si el dilema es el mismo, el tamaño de sus miembros, la proporción de su planteamiento aparece claramente dispar. Una «salud indecente», diagnosticada por un eximio pulsador de cabeza — y especialista de la enfermedad —, ya extinto, se ha manifestado en el paciente, regenerando sus fuerzas.

Si don Marcelino, a la postre, fué vencido en sus días por el laicismo oficiante, por los incapacitados para creer en algo y por los conspicuos administradores del pensamiento de bolsillo, bien puede decirse que engendró a una familia capaz de derrotar a tales reyes moros y a sus posibles infantes. A los cien años vista—la fe-

cha es un decir—las premisas defendidas por él se han hecho carne de tal forma en la gente española, o mejor dicho, porque sustancia ya eran, se han manifestado de modo tan desenvuelto y ejemplar en todas las zonas y condiciones sociales, que han producido una auténtica reversión del panorama antiguo.

Porque tan honda y poderosa ha sido esa transformación, tanta fuerza alcanzó la recuperación propugnada por aquel joven sabio, que ha podido plasmarse en el cercano tiempo en toda una contienda abierta y superada. No es lícito olvidar que este es el orden natural de los sucesos, aunque alguien crea que en el interregno de este centenario una guerra haya podido abrir las puertas a don Marcelino, siendo así que Menéndez Pelayo fué quien abrió las puertas a una guerra, no entonces menos decisiva por fría, en la que él combatió con grandes fuerzas y en la que otros después hemos luchado y vencido con las que se pudieron. Se trata de una elemental relación de causa a efecto que no se debe manejar a la inversa.

Quiere decir, que la evidente consecuencia de todo lo anterior ha sido un higiénico saneamiento de la atmósfera intelectual de nuestra tierra, un rebrotar profuso en ella de nuevas inquietudes movidas por las más genuinas esencias nacionales y la entrada en juego de toda una generación que, quierase o nó, aceptéla o nó por los representantes del pasado, ahí está, aquí al frente se halla con bien segura confianza en sí misma, y no dispuesta, al parecer, al abandono de un campo tan dolorosamente conquistado y con tanta dignidad servido. Mas bien a su prohijación, a su cubrición extensiva.

A su margen se percibe la escasa virtualidad del decreciente grupo de los que no pudieron, o quisieron, asimilar sus fuerzas a la ocasión arrolladora que la coyuntura histórica les ofreció y cuyo potencial, a pesar de haber contado con regeneradores de excepción, acusa, a la hora del cumpleaños reseñado, una extenuación extrema.

Pero la conmemoración es todavía pródiga en otras enseñan-

zas, viejas y a la vez nuevas, pasadas y actuales, que procede aclarar de modo fiel.

Bien de manifiesto se ha puesto el carácter liberal de don Marcelino en lo que atañe a su relación humana y al respeto concedido en toda ocasión hacia aquellos cuyas ideas sabía atacar con exclusiva facultad dialéctica. Frente a las figuras del krausismo y de la Institución, ante el liberalismo doctrinario de los unos y el positivismo materialista de los otros, o de los mismos, Menéndez Pelayo guarda siempre la distancia que media entre lo que se piensa y quien lo hace. Cuando alguna vez su gracia latina y su sagacidad burlona sienten la atracción irresistible de moverse en el mero plano del hombre, no desciende a los individuos sino que se solaza en los arquetipos creados por estos.

Suyo es, por ejemplo, el infame retrato del intelectual enlutado y cejijunto, misterioso y severo, en trance siempre elevatorio, pero de habilidad depurada, a la vez, para los asuntos terrenos, tan abundante en sus días que aun pudo dejar piezas para los nuestros. Aquellos a los que otro senador, tan ático en la expresión como el primero, agudamente definía, para mayor claridad, como «señores que tienen los ojos en el ideal... y las manos en el cajón del pan.»

Pero aparte estas concesiones siempre dedicadas a tipos de figurón y similares, acreditados por el uso, Menéndez Pelayo ofrece el más saludable ejemplo de liberalidad para con la persona del contrario. Amplitud que ya quisieran para sus mejores ocasiones los liberales militantes de cualquier tiempo y espacio, maestros de la libertad «con correas», a «trato de cuerda», como escribía con gracia impar la pluma no dudosa de Leopoldo Alas.

No, en este tema del liberalismo menendezpelayino, todas las íes aparecen con sus puntos tan claros que es ociosa la diligencia de algunos para retocarlos, aproximando ¿cómo no? el ascua a su interés. Aquel hombre fué liberal precisamente en aquel punto en que jamás lo fueron los así apellidados por oficio: En respetar la libertad del prójimo.

Semejantes retoques a una personalidad tan rectilínea y clara no han dejado de aparecer con ocasión del centenario que refiero. A una mente normal se pueden presentar ante don Marcelino dos trayectorias a elegir: o se toma o se deja. Lo que traducido a lengua fina se puede resumir diciendo que el hombre es como es, y que a nosotros compete quererlo o repudiarlo, aceptar la recta de su pensamiento o cruzarla con otra de ideación opuesta. Pero he aquí que Dios sabe por cuales (que sí lo sabe), por qué ocultos senderos aparece una tercera posición tan estudiada como desconcertante: Don Marcelino no es cómo fué, sino cual los terceros en discordia apetecen que sea, prodigioso recurso de escalamiento por el dorso, enojosamente fallido para los trepadores y no por falta de trabajo en ellos, sino por lo arisco y descomedido de la empinada. Y sin embargo el buen sabio ha de cantar su palinodia, o decir «diego» donde lo dijo de otro modo, rectificando el espíritu donde tan solo rectificó la letra, para acabar posado sobre la tierra de nadie.

A más de un hispanista ilustre, venido desde su país para asociarse al homenaje celebrado, he oído comentar con extrañeza tan injusta y parcial actitud crítica, en indudable desacuerdo con la correcta seriedad científica.

Mas no paran acá los desafueros. El ejemplar es tan valioso que se permiten todos los recursos para su captura. ¿Cómo puede campar por sus respetos tan agresiva e independiente ave? Ha de venir por la astucia a la mano y aquí tenemos al más provecto cazador del grupo manejando diestramente el señuelo que atraiga al codiciado trofeo. En dos palabras, se pretende decir que el autor de los «Heterodoxos» casi formó en las filas de una generación bien conocida por su guarismo representativo. ¡Mas seriedad señores! ¿podría pedir el turbado espectador de la partida cinegética. ¡Que no se cazan águilas con espejuelo!

Estos y otros diversos juegos—cual el de la niñez desaprensiva e inocente y el de la madurez arrepentida—, han sido ciertamente prestidigitados ante el curioso observador de reuniones, con-

ferencias y escritos de diversos tamaños, en los que con arcana experiencia se ha pretendido renovar el viejo arte de la paloma y el sombrero. Nada por aquí, nada por allá, pero el público se ha suelto demasiado cauto y abre los ojos con desconfianza mortificadora. ¡Son tantos años asistiendo a la misma función! ¡Tan conocidos los actores! El escepticismo y el cansancio no es solo patrimonio de la sala, sino también de ellos. Renovarse o morir es el triste final de la historia circense.

En versión familiar, este es el cuadro de parte de nuestra actualidad intelectual, de su repartición y maneras de transcurrir un siglo de uno de los más afortunados alumbramientos españoles. Menéndez Pelayo fué un sembrador clarividente y concienzudo. La semilla de aquel hombre cantábrico cayó en tan buena tierra, germinó después con tan ilimitado poderío, que ha superado a la cizaña.

RAFAEL BENITEZ CLAROS

Universidad de Oviedo.